**Réquiem cotidiano**

Soy un hombre perverso, que mira al mísero mundo con profundo desprecio, enfermo de crueldad y que se apasiona indeciblemente con el dolor, con el suplicio, con la muerte.  
  
Ah que placer intimo me produce ser un hombre despiadado, que regocijo me recorre la sangre cuando, frio como cuchillo, ultimo a mi víctima. Ni bien detecto a la infeliz se me eriza la piel, se me hace agua la boca, la mueca parecida a una sonrisa descubre mis colmillos que súbitamente se impregnan de violencia.  
Pobres miserables, sus vidas no valen nada, me repugnan, son seres ordinarios, sucios, insignificantes.  
Son inferiores por orden universal;  
Para los cristianos por designio divino,   
para los hombres de ciencia por ley natural.  
Por eso juego con sus vidas a ser juez, a ser dios.

Ahora quiero relatarles lo prodigioso y sublime, al punto del éxtasis, que resultó la cacería de anoche.   
Entre la penumbra pude distinguir, caminando con su paso rastrero, a mi desdichada víctima. Como acostumbro la acosé a cierta distancia, sin ser visto, acechando, sin despegarle ni un segundo el ojo de gato de encima y con los músculos preparados por si era necesaria una pequeña persecución (inútil para ella). Observé con detenimiento sus últimos instantes de vida. Me llenó de gozo ver como ignoraba su pronto final, ver como caminaba sin preocupación como en una anoche cualquiera, ver sus gestos cotidianos tan vulnerables. Observe buscando y encontrando signos de humanidad en el patibulario individuo, rasgos que me dieran a entender que ese repugnante era un ser como yo; que vivía a la supervivencia, procurando su techo y su alimento y que incluso, tal vez, sentía igual que yo. Pero a pesar de encontrar parecidos y sensibilidades en el miserable no practiqué la piedad. De un solo zarpazo derribé a la pobre en el suelo. Pensar en ser piadoso me había colmado de una voluptuosidad tan desagradable que al instante se transformó en venenosa ira. El golpe letal la había derribado a unos metros, solo faltaba la ejecución. Me acerque con una sonrisa de mil demonios, lento, disfrutando el sufrir ajeno, disfrutando con demasía la tiranía, el poder.   
Ya estando encima de ella vi como inútil y desesperadamente batía sus miembros. Ese movimiento, su rostro de espanto y todo su cuerpo eran un solo suplicio horrible y repulsivo.  
Velozmente busqué mi filosa arma y para mayor disfrute la balance amenazante sobre el triste suplicio, casi rozando su cuerpo, oscilando como una cuchilla desde la muerte hacia la muerte como en el “Pozo y el péndulo” del siniestro Allan Poe. Después de unos segundos de regocijo ¡ZAP! Un golpe seco, furioso, que decapito al repugnante.  
¡QUE MARAVILLA! ¡La cabeza y el cuerpo separados!  
¡Que hermoso!   
!Que delicia!  
  
Así es, soy un asesino que disfruta de ser despiadado, frío, letal. Pero que sobre todo disfruta del poder inmenso que representa jugar con la vida, jugar con la muerte.  
  
Después de aquella dichosa jornada me acosté en un colchón sucio que está en el piso de este departamento casi vacío y desordenado, con colillas de cigarro y cajas de vino desparramadas. En la esquina del desolado monoambiente se encuentra, todavía, en el suelo el cadáver diminuto color oxido ocre de mi víctima, de tanto en tanto veo como aun mueve sus pequeñas patas de insecto.  
Soy un hombre infeliz que odia su vida y su trabajo. Y cuando vuelve muy tarde de trabajar o del bar se entretiene mutilando cucarachas con las cuales se disputa la comida.

Soy un hombre cobarde.